

UNAMUNO Y CANARIAS

(CAPÍTULOS DE UN LIBRO)*

INTRODUCCION

El Viajero

Estuvo don Miguel de Unamuno en Canarias en 1910, como mantenedor de Juegos Florales en Las Palmas, y en 1924, desterrado por el General Primo de Rivera, en la isla de Fuerteventura. Unamuno, infatigable descubridor de todos los caminos de España, también pulsó la geografía espiritual de nuestras Islas. Y lo hizo no como un turista más, sino como un concienzudo viajero. Ahí quedan sus conocidas páginas sobre La Laguna, sobre Teror, sobre Tejeda; pero además escribió otras, no tan conocidas. Perdidas en las amarillentas hojas de los periódicos, o en los autógrafos inéditos, o en la carta amistosa. Y es aquí donde el agorerismo unamuniano fue más fecundo, y, en ocasiones, más afortunado. Porque su palabra, sincera, alborotadora, desnuda, reflejaba el esqueleto vivo de la isla; el tono claro-oscuro de la ínsula. No con almíbar, sino con acidez; no diciendo galanuras, sino verdades. Su espíritu, propicio a la lucha, rompiendo lanzas a cuenta de la ligereza, a causa de la frivolidad, a causa del papanatismo. Siempre "hacia adentro", arañando la hendidura insular, rastreando sus entrañas, descubriendo su intimidad. Hasta encontrar, como diría en uno de los discursos pronunciados en Las Palmas, "esa eterna palabrería de la eternidad".

Por ello, por ese tono desenfadado, agrio y hasta violento, Unamuno no gustó. No convenció. Sólo unos pocos se sintie-

* Con el título *Del Aislamiento y otras cosas* se propone el autor de estas páginas publicar un libro en el que estudia las dos estancias de don Miguel de Unamuno en las Islas Canarias, para cuya redacción ha utilizado una serie de materiales inéditos o desconocidos que ofrece como "Textos". Entre ellos destacan los discursos que en Las Palmas pronunció don Miguel en 1910, algunas de sus colaboraciones en la prensa isleña y una docena larga de cartas que cruzó con sus amigos de allí. Estimando que estos materiales inéditos deben ser reservados para el volumen, ofrecemos aquí a nuestros lectores la introducción y cuatro de los capítulos a él destinados. (N. de la R.).

ron adueñados de su palabra; unos pocos que, con anterioridad, ya habían descubierto su magisterio. "Alonso Quesada"—un poeta machadiano—, "Fray Lesco", seudónimo de Domingo Doreste, ensayista, Macías Casanova —joven escritor—, fueron algunos de los unamunianos más representativos. Unamunianos que, excitados por la palabra del maestro, enriquecieron a la Isla en profundidad conceptual a fuerza de desvestirla de bucolismo y de frondosidad. La isla definida por el silencioso fragor de sus apagados volcanes, por la desnudez del barrancaral, por la sequedad de sus planicies, por su solitaria preñada de aislamiento.

Primero, Gran Canaria; después, Fuerteventura, en donde tan "hondas raíces" dejó su corazón solitario; por último, Tenerife, a la que, aunque visitada turísticamente, también supo conocer en sus rasgos más personales. En todas las Islas, sigilosamente uncidas por su base, el Aislamiento: el atosigante, el orgulloso, el feroz aislamiento. En él cifró nuestro viajero buena parte de los pecados y de las virtudes isleñas; a través de él, conquistado por sus africanos procederes, fue capaz Unamuno de reencontrar a los hombres y las cosas. Para hacerlos revivir en sus versos —ahí queda "*De Fuerteventura a París*—; de convertirlos en imágenes que son ya prototípicas e insuperables.

Haber utilizado unos Juegos Florales para hacer diagnóstico tan minucioso y, según los insulares, tan arbitrario, de los problemas isleños fue su pecado. A pesar de que la Geografía integral de las Islas se enriqueciese de verdad y de coordenadas. Sí, de coordenadas que había trazado insospechadamente un mitólogo atrevido y desenfadado.

"Viene como sembrador"

1898. Los hombres de la "decadencia" anhelan reconquistar la intimidad nacional. A fuerza de enseñar Geografía, a fuerza de colonizar la aridez de unas tierras tan yermas como los corazones. Los noventaiochistas, inquietos y descontentos, convirtiendo el ancho ruedo ibérico en campo de luchas y de polémicas.

1910. A Canarias, siempre alejada del continente, apenas si llegaba un eco lejano de los entonces candentes problemas nacionales. Enquistada en domésticas querellas, mal podía escuchar el hondo rumor del desconcierto patrio. Miguel de

Unamuno, al aceptar la invitación que se le había hecho como mantenedor de los Juegos Florales, venía precisamente a sacudir la modorra de las islas. A infundirles pasión, a hacer rescoldo del orgullo, a acabar con la ramplonería decadente de fin de siglo que aún subsistía.

Miguel de Unamuno, noventaiochista fecundo, llegaba al Archipiélago anunciando una renovación prometedora. Y así, como feliz renovador, lo anunciaron sus amigos.

Francisco González Díaz —con quien sostiene Unamuno correspondencia— lo saluda como “sembrador” en un artículo publicado en *“España”* (22-6-1910); Doreste pronuncia una conferencia sobre “Unamuno orador, político y ensayista” (*“España”*, 5-6-910); “Alonso Quesada” lee y comenta “Apuntes para un tratado de cocotología” (*“España”*, 4-6-910); en *“España”* (16 abril, 29 abril, 4 mayo, 11 mayo, 24 junio, 3 julio, 17 julio: 1910) y en *“Diario de Tenerife”* (28 junio 1910), se publican artículos o fragmentos de la prosa unamuniana. Los lectores canarios fueron, poco a poco, unamunizándose antes de que llegara don Miguel. Y todo fue gracias al empuje y a la voluntad de unos pocos.

Con anterioridad, estudiante todavía en Salamanca, Domingo Doreste (“Fray Lesco”) había publicado en *“Revista de Municipios de Madrid”* (31-1-1909), un amplio reportaje de Unamuno. De él extractaría *“La Mañana”*, de Las Palmas —periódico dirigido por D. Rafael Ramírez, otro unamunista destacado— los párrafos más esenciales del diálogo sostenido por Doreste con su profesor salmantino. “Sospecho —decía Unamuno— ...que la cuestión divisionista es una pugna no entre dos grupos del Archipiélago, sino entre dos ciudades”. Y no se equivocaba mucho, porque no en vano su civilidad le había ayudado en más de uno de sus diagnósticos políticos. “En el orden supremo —añadía—, y en el de la cultura, es una ciudad la que hace una región y le da conciencia de sí misma”. He aquí dos conceptos —civilidad y cultura— que volverían a ser meollo principal de dos de sus discursos canarios: conceptos que él estaba emitiendo a muchas millas de distancia, aún con el riesgo de caer en el juicio prematuro.

Pero no andaba muy descaminado Unamuno. Se había lanzado de lleno en el “palpitante” problema de la “División” —Las Palmas aspiraba a convertirse en capital de provincia—, y, como le diría al propio Doreste, estaba dispuesto a hablar

sobre él con sinceridad y sin reservas. Como correspondía a su carácter.

"Desde que se levanta el telón"

Con anterioridad a su llegada a Gran Canaria en el Teatro Pérez Galdós, de Las Palmas, se puso en escena *"La Esfinge"*, del repertorio dramático de Unamuno. La Compañía teatral Cobeña-Oliver, que había estrenado tantas obras de Galdós, fue la que trajo esta obra unamuniana para estrenarla precisamente en las Palmas¹.

La crítica periodística fue abundante, especialmente en los días siguientes al del estreno, un 23 de febrero de 1909. En *"La Ciudad"* (25-2-59), Manuel Macías Casanova se expresaba así:

"Desde que se levanta el telón, un afán, un hambre de comprender, se apodera imperativamente de todos..."

Y no otra cosa deseaba el autor. Pero Macías va más lejos; apunta fuentes, y no muy errado al mencionar al gran dramaturgo escandinavo:

"La Esfinge es una obra... de una fuerza de visión ibseniana". (Ibid.).

No sólo fuentes, sino contenido; hay como una íntima satisfacción del crítico —agónico como Unamuno— y la obra reseñada; de ahí que sea "la duda" el tema fundamental que destaca:

"Porque no hay nada que más purifique el espíritu y le dé más grandeza, más inocencia, más fecundidad, más frescura, pureza y brillantez... que es el sufrimiento de la duda." (Ibid.).

De Angel —el "otro" don Miguel incrustado en la obra— dijo Macías conceptos bien claros. Definidores de su enigma; y de su lucha:

"Y supo continuamente ir en pos de él [un Ideal] y a pesar de su sufrimiento atormentado, consiguió su existencia con su fe." (Ibid.).

"Existencia" y "Fe": dos vocablos unamunianos; interpre-

¹ *La Ciudad*, 25 febrero 1909.

tados por un unamunista, dueño a su vez de un léxico, de una técnica y una ideología muy propios del maestro.

Otro crítico fue el poeta Tomás Morales. Acierta a explicar la paradoja del autor, a quien sabe captar fielmente:

“Poeta filosófico, engloba en sí mismo a un gran poeta emocional, un atormentado en medio de la vida”. (*La Mañana*, 26-2-09).

Morales, poeta antes que crítico, sugestionado por la “emoción desbordadora”, por la fuerza viva y palpitante de las ideas del dramaturgo —también más poeta que dramaturgo—, señala precisamente lo más característico de la obra: el eterno monólogo en que se debate el protagonista, en realidad el propio autor.

Francisco González Díaz, periodista y orador, hombre más lleno de dudas que de fe, no supo o no quiso acercarse a Unamuno. El *Epistolario* refleja precisamente este aspecto. De ahí, la actitud un tanto de reserva de su crítica.

“La obra de Unamuno no es una obra escénica; para serlo le falta haber encarnado en seres vivos”.

Ya el propio Unamuno, en la carta dirigida Jiménez Ilundain³ sentía temor del excesivo lirismo que encerraba; aunque naciese —decía— de verdaderos “gritos del alma”.

Angel era un ser que dudaba; y que dudaba por abundancia de Fe. Por paradójico exceso de Fe. Tal era su sino; como el de su creador. Y es este debate, “esta lucha de conciencia”, lo que llena toda la trama de la obra. Una trama escondida por el lirismo; o por los conceptos, por los difíciles y esquinudos conceptos del “poeta filósofo”.

Domingo Doreste transcribe, en un artículo publicado en “*La Mañana*” (20-3-09), unas palabras pronunciadas por Unamuno en un banquete dado en su honor en Salamanca; se refieren a *La “Esfinge”*:

“El drama *La Esfinge*, a quien no he tenido la intención de bautizar así, fue escrito hace una decena de años, en un mes de murria, en el cual un chaparrón de tedio hizo volcar mi propio espíritu en las cuartillas...”.

Por haber mucho de sí mismo y por haber volcado en la

³ Vid. *Revista Universidad de B. Aires*.

obra mucho de esa intimidad agobiante tan suya y tan paradójica, era por lo que temía por el éxito de la obra. Se lo había dicho a Ganivet en una carta³ y se lo repetía al auditorio del original banquete:

“El éxito de la obra casi estoy por sentirlo, porque puede incitarme a seguir por estos caminos literarios que no son frutos jugosos de nuestra alma”. (Ibid.).

Esa desconfianza en el éxito obtenido —éxito que él más sentía como circunstancial que como substancial— era la que le hacía dudar de su consistencia. Aunque, a pesar de lo que entonces dijo, prosiguiese por la senda dramática.

“No quisiera hacer más dramas, aunque no respondo que esos otros incentivos (el dinero), la misma seducción del aplauso, me lleven a reincidir”. (Ibid.).

La lectura de telegramas congratulatorios enviados desde Las Palmas por “Alonso Quesada”, Rafael Ramírez, Macías y otros unamunistas, leídos en el antedicho banquete por Domingo Doreste, fue la introducción del viaje que habría de realizar Unamuno casi un año después. El 23 de junio de 1910 podía saludar en el muelle del Puerto de la Luz (Las Palmas) a casi todos los firmantes de aquel telegrama. Firmantes que, con su esfuerzo y con su fe unamuniana, hicieron posible el aparente triunfo de la pieza dramática. Representada en un teatro de provincias, ante un público provinciano y excesivamente conservador y en un clima no muy propicio para las aventuras ideológicas de “Angel”.

I. DISCURSOS

El Teatro Pérez Galdós de la ciudad de Las Palmas estaba pletórico de “adornos helénicos”, de “altos artesonados”, de “guirnaldas abovedadas” y de “mujeres elegantes y espléndidas, ataviadas con trajes de tonos claros y adornadas con una exuberancia de flores”. Así, al menos lo afirmaba el periodista que reseñaba la brillante noche de los Juegos Florales de 1910.

Por uno de los laterales fue apareciendo el Jurado encabe-

³ Vid. *Teatro...* edic. G. Blanco, B., [1954], p. 7.

zado por el mantenedor, el inquietante Unamuno. Después de la lectura del fallo del concurso poético —Tomás Morales, primer premio; “Alonso Quesada”, segundo—, el orador se adelanta a hablar. Anteriormente, entre curioso y satisfecho, había oído el nervioso recitado de “Alonso Quesada”, cuyo “Zagal de Gallardía” (obra premiada) tenía mucho de resonancias machadianas y de eco unamunista.

El público estaba impaciente de escuchar al “sabio catedrático”. Pero no salió muy satisfecho con el discurso: demasiado desnudo de adjetivos, demasiado parco en galanterías, demasiado henchido de conceptos, algunos un tanto hirientes. Las palabras del orador se perdieron en “los altos artesonados” y en “los anchos zócalos renacentistas”. La vanidad insular no se sintió muy halagada con aquella lluvia de guijarros lanzada por Unamuno; porque guijarros en vez de flores, fue el primer discurso de Unamuno en la ciudad de Las Palmas. Ciudad que —no se debe olvidar— ardía en fervor provincialista, en llameante fuego de División; y que esperaba oír de boca del mantenedor palabras que alentasen esa palpitante brasa.

1.—“LA ACCIÓN SE REDUCE A LA PALABRA”⁴

“No me gustan estas fiestas, no porque yo no aplauda las liturgias, sino porque profanan la palabra humana en su forma más sublime: “la poesía”; tales eran sus primeras palabras. Y este criterio era el que ya le había comunicado, meses atrás, a Domingo Doreste en una carta anunciadora de haber aceptado la invitación hecha por “El Recreo”, Sociedad organizadora de los Juegos Florales. Unamuno había aceptado, tal vez con ciertas reservas; porque gracias a esta oportunidad, podía visitar las islas. Podía visitarlas y llenarlas con el vigor de sus paradojas.

Por eso estaba hablando en aquellos momentos. No para formular nuevas ideas de felicidad colectiva, sino para despertar la individualidad de las conciencias; para intercambiar silencio por rumor. Hablando (“la palabra es la única base de la comunión humana”, había dicho) estaba amando por estar cumpliendo la más noble de las misiones: la de la caridad. Misión que cumplía mejor vestido de “cómico” que enfundado en

⁴ Vid. *Discurso de los Juegos Florales*, 25, junio, 1910.

“librea de servidumbre”. En aquella librea que vestía más de uno de sus acompañantes.

Su discurso, rico en dos virtudes: timbre español y trasfondo poético. Lo primero le enorgullecía; como defensor de la lengua española (como defensor y como difusor). Decir su lección —discurso— delante de quienes podían entenderle a muchos cientos de millas de Castilla; orgulloso de poderla decir con la cuerda más tensa de su optimismo: de su ibérico optimismo. Lo segundo, hablar de poesía, enriquecer a la historia patria con la fábula creadora. Adoctrinar al auditorio en la posible regeneración de la patria; y adoctrinarlo con latidos españoles, con palabras españolas, con fiereza española. Adoctrinar en españolidad a los insulares que, por razones de geografía, estaban muy distantes de los latidos y de los estrechamientos patrios. “El problema que os debe preocupar —les decía— es el de todos”, y el murmullo de desaprobación sacudió la frialdad de la sala. Pero el orador prosiguió, explicando cuál era este problema y cuál la misión de las islas en el mismo. “Españolizar a América y americanizar a España”; precisamente, en Canarias, “lazo de unión de tres continentes”. Y en la presentida lucha de las dos lenguas dominantes —inglesa y española—, el Archipiélago se convertiría en lugar clave. Un Archipiélago que él, viajero perspicaz, contemplaba como un desierto de penuria espiritual.

Miguel de Unamuno, Ulises insular, apenas percibía la marejada del descontento auditorio.

“La poesía revela la Patria”

Por encima de la aldea, la patria. Unamuno lo había proclamado ante sus paisanos de Bilbao y lo volvía a repetir en Las Palmas. Y lo mismo en Bilbao que en Las Palmas, murmullos de desaprobación; porque el regionalismo ahogaba cualquier otra idea más universal. Pero el orador seguía machacando, obstinado, pertinaz...

“No puede llamarse químico a un buhonero de drogas”, continuó diciendo, y algún jefe de política local se sintió aludido por las palabras de aquel orador, demasiado sinceras, demasiado rudas. Demasiado machacón se estaba poniendo aquel quijote de voluntades ajenas. Un quijote que alanceaba hasta la inquietud juvenil, a la que sacudía con este apóstrofe: “No os dejéis amodorrar por la tórrida pesadez”. ¿Amo-

dorrados, tropicales?, se preguntaban los aludidos. Y releían mentalmente sus campanudos artículos periodísticos en favor de la división de la provincia, sus acompasadas protestas públicas, sus corivoceantes argumentos; mientras que el torbellino oratorio de Unamuno seguía haciendo mangas y capirottes en el escenario.

“Cosa de esclavo es no decir lo que se siente”, había dicho Yocasta y repetía Unamuno. Muchos estaban oyéndose latidos de su insinceridad, porque ellos, los engañados, los ausentes de la patria, los que querían vivir de espaldas a ella eran los únicos que parecían atados por invisibles cadenas de esclavitud. Por la misma razón que, como decía Unamuno, estaban más vivos los que habían muerto en Platea que los espectadores de la batalla desde los muros de la ciudad. Era la sinceridad la que acercaba a Dios, la que despertaba las conciencias por estar más cerca de la propia verdad.

No por otra razón deseaba Unamuno purificar a la patria por medio de la poesía. Para despertar los corazones más sinceros, para limpiar los desvanes de las conciencias, para vivificar a los mortuos espíritus con el aliento de la palabra. De la purificadora palabra. Aquella que convertida en matinal brisa ensanchaba los encogidos pechos de los timoratos y rejuvenecía la senilidad prematura de la juventud.

“Contrabandistas de ideas”

Además de poesía, comercio. No con sordidez de mercader ni con obsequiosidad aburguesada. Sólo con generosidad, con la difícil generosidad del traficante de ideas, una mercancía onerosa y apetecible. Pues en su contrabando, en su arriesgado contrabando, quemaron sus ansias los más esforzados navegantes, los secularizadores del alfabeto por medio de la letra de cambio y los que supieron aunar mercantilismo e inquietud.

El orador más hablaba de Atenas que de Fenicia. Y ellos, los insulares, se sentían atlánticos fenicios que teñían de mercantilismo toda espiritualidad. De ahí el estremecimiento, de ahí la fatuidad desdeñosa cuando el orador tronó contra los “consumeros y los logreros de Puertos Francos”. Estremecimiento que nacía del nerviosismo y de la incomodidad.

Por si fuera poco, añadía que Atenas había sido fundada por contrabandistas, y parecía haber en sus palabras no se

sabe qué extrañas alusiones. “Espiritualizar el comercio”, recomendaba, y más de un comerciante, pensaba más en la letra de cambio que en la de ideas. ¿Ideas en el comercio? Aquel hombre estaba divagando. Y los sesudos insulares, y las encopetadas damas, y los empavonados heraldos y los gráciles pajes, y las cornucopias, y las bambalinas de papel parecían estremecerse de indignación. ¡Y para eso los trajes de oro raso, las amplísimas mangas de gasa, las sobrefaldas bordadas, los camafeos y los brillantes, las diademas y las joyas! ¡Para eso tanta diligencia, tanto aprieto, tanta presteza! Para escuchar —murmuraban— las inconveniencias de un orador hartamente sincero.

“Ahora a vosotras —y se dirigió hacia la corte de honor—. Yo tengo una galantería especial: trato a las señoras como a los hombres”. Ni una galantería, ni una fineza. ¡Que la adulación mantenía a la mujer en esclavitud!

¿Y qué iban ellas a descubrir? —se preguntaban. Excitar la curiosidad del esposo —contestaba el orador. Pero ellas se aferraban más fuertemente a su arraigada domesticidad y desdénaban, por no comprenderlas, las “cuestiones más honradas” recomendadas por Unamuno.

Galantería sin sahumero, revestida de desnudez, cubierta con aspereza: así fue la de Unamuno, más galante que con la belleza, con la feminidad. Porque la mujer —añadía— antes que bella es mujer, y mujer quiere decir madre. Al regazo materno, al fructificador regazo materno iban dirigidas sus palabras encaminadas a “fundir el bronce de la raza” —aquel bronce líricamente cantado por los versos de Tomás Morales. Aunque aparentemente, la galantería del orador fustigase las pequeñeces femeninas y la vanidad masculina. Y aunque en vez de incitar a la anchura de la inquietud, adormeciese aún más los alicortos vuelos de empobrecidas mentes. Las que no eran capaces de convertir cuestiones hogareñas en problemas universales.

Aquella tumultosa palabrería, aquel “hablar con el silencio”, “tener cada pueblo su Dios”, el buscar una guerra civil, el llamar a la política regional “química de buhonero”, el calificar a los comerciantes de contrabandistas, el vituperar la adulación a la mujer, el sacudir la doméstica comodidad: todo había sido escuchado con desagrado por el público. Y la murmuración, la protesta sorda... y el sofocón de la corte de honor, se adueñaron del teatro al terminarse su discurso. “El

señor Unamuno —comentaba un cronista— ha tratado nuestras cuestiones de paso, que duele más que tratarlas razonando”; y anunciaba varios artículos de fondo para polemizar con el maestro.

Unamuno no trajo la ciencia necesaria para conseguir la división de la provincia, ni para defender los Puerto Francos, ni para crear los Cabildos Insulares. No había pronunciado palabras agradables, no había utilizado figuras poéticas, ni versos sonoros. No había sonreído. Y esto, la falta de sonrisa, de adulación, es lo que no le perdonaban.

“Frutos de acción”

En el caracol de la isla habían quedado prendidas las palabras del orador. Pero el caracol estaba cerrado, cerrado a la curiosidad, y a él, a Unamuno, lector de Homero, tentado por las femeniles voces de la sirena, le hubiese agradado que los Ulises insulares no hubiesen cerrado sus oídos con la cera su individualismo. Aquel que aspiraba a romper el brío unamunESCO a fuerza de martillazos.

El orador, cada vez más homérico, soñaba con naves repletas de curiosidad navegando rumbo al encantado caracol insular. Naves panzudas de las que saliesen mercaderías excitadoras de la curiosidad. Y de esta manera convertir el bruñido horizonte en camino lleno de tráfago... y de sirenas cautivadoras que desentumeciese el ensueño y la modorra.

Porque las islas habían nacido hijas del ensueño, y sólo los navegantes cautivados por armoniosas resonancias, habían conseguido descubrirlas. Las habían encontrado mirando hacia arriba, empujadas por la cólera vulcánica, deseosas de llegar hasta la profundidad del cielo. Pero que, demasiado extasiadas con la inmensidad marina, estaban más cerca de Vulcano que de Neptuno, el tritónico Dios al que parecía llamar Unamuno con todas sus fuerzas. Para que inyectase vigor y fluidez en la savia insular.

Pero el caracol seguía adormecido. De cansancio y de abandono. De tropicalísimo abandono que no logró despertar ni el bélico estruendo de las corazas, ni el artillero lenguaje de los armados navíos, ni el sonoro galopar de los corceles. Seguía durmiendo, durmiendo; enroscado dentro del caparazón de la indiferencia, defendido por la concha de su pequeñez.

Podía sentirse Unamuno satisfecho por el desconcierto causado. Y por la agradable sorpresa de haber encontrado un poeta —“Alonso Quesada”—, riquísimo en intimidad y vigoroso de poesía. Un poeta subjetivo capaz de sentir la rima interna de su corazón. Pero no bastaba. No bastaba al orador aquel juego de flores poéticas. No bastaba, porque podía parecer más tramoya de comedia, que meollo de argumento. Y era necesario vivir de argumento, de cálidos argumentos más ricos en acciones que en palabras, aunque éstas, estremecidas de fuego, palpitasen acción. Como si la retórica fuese el primer paso de un presumido combate.

Más que el ocio de palabra solitaria, tropel de fanfarronas hazañas. Pero sobre todo agudas, penetrantes palabras, ricas en pasión, vestidas de historia, encendidas de promesas. Todo lo había conseguido Unamuno con aquella su santa indignación, chispazo de fuego que prendía a cuantos le rodeaban.

Pero que no pudo llegar al corazón de la isla.

2.—“LA PATRIA ESTÁ HOY EN CRISIS”⁵

El público no salió satisfecho, y casi se añadiría que defraudado; no había podido comprender muy bien la lección de Unamuno, y lo poco comprendido, no resultó ni agradable, ni confortador.

Por eso don Miguel, sin que nadie se lo pidiese, quiso hablar por segunda vez. Sin oropéndolas, sin flores naturales, sin poetas recitadores, sin damas encopetadas, sin escenografía nestoriana—recuérdese que fue Néstor Martín, el pintor rubeniano, el decorador del Teatro para los Juegos Florales—. Ahora Unamuno subía al estrado público para ratificar, para aclarar, para hacerse más comprensible. Para conseguir hacerse entender de su auditorio.

El nuevo discurso fue denso, conceptual, riquísimo en enseñanza... Pero intraducible para el auditorio, para la mayoría del auditorio, que había ido a escuchar a un orador político y se encontró con un profesor dictando su lección. Una hermosa lección de españolidad y de historia.

La gente se había escandalizado, no había comprendido bien adónde pretendía llegar Unamuno, del que apenas sabían si era liberal o conservador, católico o librepensador, federal

⁵ Discurso del 5 de julio de 1910.

o centralista, republicano o monárquico, de "esto o de aquello". No admitían que Unamuno estuviese, precisamente, "contra esto y aquello"; no admitían la paradoja antagónica unamuniana. Y quienes estaban familiarizados con el doctoralismo politiqueril, con la dadivosidad usurera del cacique, con las cautivadoras palabras, no entendían la claridad, la "esquinudez" ideológica de Unamuno. Los insulares esperaban oír fórmulas maravillosas, juicios apodícticos, diatribas estentóreas; ansiaban escuchar al orador dotado de alquimias misteriosas capaces de resolver todos los problemas. En vez de esto, se encontraron con un hombre que venía a dialogar, a criticar, a sacudir; que se lanzaba, sin miedo y con arrogancia, contra todos los prejuicios, contra todas las doctrinas, contra todos los elixires. Que estremecía de estupor al conservadurismo insular. Un conservadurismo —necesario es decirlo— adjetivado de mil maneras: leonista, federal, tradicionalista, radical, liberal o republicano. Contra todos ellos, Unamuno. Inclusive, contra los divisionistas, contra los que luchaban por la división de la provincia.

Sí, era natural que hubiese habido tantas rasgaduras de vestiduras. Y tantos anatemas contra el orador, "demasiado poco prudente en sus palabras", según un cronista de aquel tiempo.

Don Miguel fue aún más extenso que en su primer discurso. Habló del ideal noventaiochista de recogimiento espiritual; aconsejó a los insulares, ante todo españoles, que olvidasen sus querellas domésticas y se preocupasen de problemas más universales y trascendentes; dictaba, de nuevo, lecciones de civilidad, de convivencia, de sociabilidad; clamaba, en fin, por una idea más alta, más noble y más henchida de espiritualidad que lo que hasta entonces se llamaba Patria, según él, "un conjunto heterogéneo de pasiones cabileñas y de resquemores mal entendidos". Unamuno, aún sabiendo la anti patía que acarrearían sus palabras, dijo:

"No viene de diferencias de raza nuestro cantonalismo, sino de una cosa que Hume, el historiador inglés, llama "el individualismo instrospectivo español". Sentiría que se encontrase bajo este techo un extranjero; pero debo decir que una de las cosas más tristes que tenemos, la carcoma, la peste nacional, es la envidia. España es un país de envidiosos. Somos envidiosos por avaros, y no sé si somos avaros por pobres..."

Hay que pensar cómo se revolverían de incomodidad en sus

asientos aquellos auditores insulares que habían vuelto al Teatro Pérez Galdós para escuchar palabras bien dichas, frases ingeniosas, requiebros galantes, y se volvían a encontrar con la dureza, con la desnuda sinceridad.

Clamaba una y otra vez por llaneza, por desnudez, por verdad. Que la historia no escuchase el torbellino de las olas, sino la mansedumbre de la orilla; que la tradición se desnudase de tentadoras leyendas, para dar paso a la realidad histórica; que se olvidasen los hermosos "cadáveres enjaezados", confesando, sin pudor, las vergüenzas y las virtudes, descombrando y limpiando de tamo el semillero riquísimo de nuestra historia. Unamuno pedía que la historia no hiciese al hombre, sino que éste fuese actor de aquella. Actor vivo, milagroso, rico en voluntad y en esfuerzo. Sólo bastaba, decía, que cada uno venciese su natural individualismo, su carcomedor casticismo falso, y agujonease, tenso y excitado, el afán de intemporalidad, de perennidad duradera.

Pero en un punto fue Unamuno más extenso y prolijo. En lo que él llamó "vuestro problema".

"Vamos, pues, aquí, en paz y compañía, a hablar de eso que llamáis vuestro problema. Y lo primero que ocurre preguntar naturalmente es si tenéis un problema... Sí, lo hay.:

¿Es vuestro problema el de la división? Creo que no. Si me equivoco, que me perdonen. Sospecho que eso no resolvería nada [Cita los ejemplos de Gijón, de Cartagena, de Jerez]. Y ahora permitidme que os lo diga, no quisiera ofender a nadie, pero, ¿no habrá en todo esto un poco de vanidad colectiva? ¿no habrá eso que se expresa diciendo, "no por el huevo sino por el fuero"? Y a esto sólo se me ocurre deciros lo que se lee en cierto pasaje del *Quijote*: "sentaos, majagranzas, que donde quiera que yo estoy, está vuestra cabecera".

Así planteaba Unamuno el problema insular. Unamuno agarraba el toro por los cuernos. Y no se mordió la lengua para decir cosas que nunca se habían escuchado en el escenario del Pérez Galdós. Y mucho menos de boca de un orador tachado de político. Se explica perfectamente, conocido este exordio, que la gente no quisiese comprender la oratoria unamuniana, nada parlamentaria, nada gongorina, nada floreada. Sino escueta, casi, casi ofensiva.

Pero Unamuno proseguía:

“No. No creo que la división resolviera el caso... ¿Está su solución en la autonomía? Temo también que no. Yo no soy autonomista. Tengo la creencia que con la autonomía, lejos de desaparecer, se empeoran los cacicatos todos; y el mejor cacique es el que está más lejos... Vosotros tenéis un problema mucho más grave que ese al que denomináis vuestro problema. Pero ¿cuál es ese problema? No sé si me equivocaré.

“Antes de venir aquí, había hablado con muchos hijos de esta tierra, había leído periódicos, había oído a muchas gentes; después he oído a los que me han hablado y a los que no me han hablado... Y creo que tenéis un problema: el de vuestro aislamiento. Vivís aislados y vivís aislándoos... Vivís aislados; y lo que hace vuestra fuerza hace vuestra debilidad. Por aquí pasan buques de todas las naciones de la tierra; pero también pasan por encima las nubes; y de qué sirven sino descargar? Esto es a modo de un mesón, donde se descansa, se deja algo de la bolsa, pero nada del espíritu. Os encontráis con un horizonte cerrado; el mar os estrecha y os entrega a vosotros mismos”.

¡Ahí era nada! ¡Denostar al caciquismo, negar la autonomía, no reconocer la división! Quiénes hayan vivido aquellos años de pasión y de encono regionalista, comprenderán hasta dónde se atrevió Unamuno. Y cuán poca simpatía tuvo que promover su discurso.

Unamuno estaba repitiendo, con variantes, las mismas ideas que había expresado ya en sus *Ensayos*, en sus discursos, y hasta en su poesía. En las páginas dedicadas a Gran Canaria, dice:

“¡Que lejos del mundo en aquella quebrada de los Tilos, entre los tilos y los eucaliptus! Era como un aislamiento más en el aislamiento de la isla...”.

Y en la carta dirigida a “Alonso Quesada”, con una imagen bellísima, repetiría y aún se extendería más en esta idea:

“Le veo suspirando en su jaula, en su isla —tanto la exterior o geográfica como la interior— y suspirando por libertad. Y créame, es mucho más dulce cantar enjaulado a la libertad, que estar libre y sin canto. Nadie canta lo que no tiene”.

A don Francisco González Díaz, otro de sus corresponsales, le diría:

“Defiéndase de la nube, defiéndase sobre todo del aislamiento cuyo

más profundo sentido no alcancé hasta que visité esa isla. La soledad es una cosa; el aislamiento, otra. Se puede vivir solo en medio de la plaza pública, hablando y trajinando con todos, y aislándose se puede llevar el tráfago todo mundano a su islote. Pues hasta hay el aisloteamiento”.

Incontables serían los ejemplos y las citas, pero con éstas ya nos bastan. Esta última quizás sea la más definitiva. Unamuno define el aislamiento, y lo separa inequívocamente de la soledad o de la “solitariedad”. González Díaz vivía “aislándose”; creándose su propio aislamiento. Sintiendo satisfacción de su dolencia.

Pero aún dijo cosas más explícitas sobre este mismo tema.

“Lo que más me choca aquí, es la escasa repercusión que aquí tienen los grandes problemas nacionales o internacionales. Si no os interesáis vosotros en los problemas de España, de Europa, del mundo, en las grandes cuestiones humanas, ¿cómo queréis que se interesen por vosotros?”.

Unamuno volvía la oración por pasiva. Era necesario sentir resonancia ante los problemas ajenos. No algarabía campañeril por tal o cual dádiva, no bullanguerismo pueblerino por éste o aquél favor, no reconcomerse por éste o aquél otro sueño. No. Vivir de realidades, sentir las, crearlas. Desechar el trino más o menos subido del tenor político de turno, escuchar el murmullo inaudible del oleaje de otros mares, del latido de otros corazones. Y para eso —se lo decía a Quesada y a G. Díaz— había que romper el cerco del mar. Había que hacer del mar camino, y no frontera.

Entonces, cuando esto sucediera, sería posible hablar en verdad de un problema insular. O regional. Para ello hacía falta sentir las palpitantes angustias de los problemas económicos, de los culturales, de los religiosos. Y es curioso repetir lo que Unamuno dijo acerca de estos últimos.

“Además del problema económico social, del problema de ricos y pobres; además del problema cultural... hay un problema religioso. Aquí no os importa, y debiera importaros. El otro día, en el encanto sedante y tranquilo de Teror, visitaba yo, con la reverencia que me merecen siempre las creencias de los pueblos, el santuario de la Virgen del Pino; y al visitarlo, recordaba aquel otro santuario de mi pueblo natal, el de la Virgen de Begoña, que fue consuelo de los afligidos, refugio de los navegantes y que hoy ha

llegado a ser bandera de combate. Aquella Virgen ha hecho hombres a muchos hombres y ha hecho que las gentes sellen las calles con sangre en defensa de sus ideales. Y es que mi Virgen, la Virgen de mi pueblo, no duerme; está velando siempre por encima de un pueblo cuyos hombres se han hecho con el hierro de sus montañas”.

Sí. Aislamiento del mundo. Desgana y soñarrera por todo lo que no tuviese sabor local o runruneo insular. Ignorancia de toda suerte de geografía, de toda clase de historia, de cualquier otra sociedad que no fuese la de la ínsula: carcomida de problemas minúsculos, introvertida en sus ruinosos afanes.

El mal no era insular, sino nacional. España estaba también aislada: “aislada de sí misma”. Y sólo podía desaislarse gracias a la conciencia ciudadana. Unamuno, hombre de la urbe, creía firmemente en la rectoría espiritual de las ciudades. La “civilización es ciudadana”, y sólo es libre el hombre que sabe emanciparse de la tierra. No el que —como el campesino— está sometido a ella. Por eso Unamuno pedía a la ciudad —y lo pedía a sus ciudadanos que lo estaban escuchando— que esgrimiesen de verdad la rectoría espiritual de la isla, no la material, no la administrativa, o la política. “Las ciudades —decía— son las conciencias de las regiones: y la conciencia es ciudadana”; haced, pues, ciudad, con división o sin ella; con autonomía o sin autonomía”.

El camino era claro. Unamuno había llegado al término de su disertación. Sólo la ciudad, sacudida de su letargo, henchida de espiritualidad, podía dotar a la isla de nuevo latido, de nuevo vigor. Sólo la ciudadanía era capaz de conseguir lo que no habían conseguido los partidos políticos; aquellos partidos caricaturizados por Unamuno con una gráfica definición, un tanto humorista:

“Yo, desde mi llegada, he oído hablar de unas cosas que no entiendo, unos partidos locales o locos, con nombres tan absurdos como ellos mismos. Si me dijerais en qué se diferencian diría que en lo que se diferencian los partidos gallísticos...”.

Era necesario, terminaría por decir Unamuno, ostentar orgullo en vez de vanidad. Y el auditorio —él lo estaba palpando— estaba molesto, incómodo, precisamente porque había sido herido en su vanidad. En su petulante vanidad.

3.—“CACIQUISMO Y REGIONALISMO”⁶

La prensa se volcó en crítica adversa contra el orador. Unos lo tachaban de osado, otros de “desconocedor de nuestros problemas”; los más piadosos de “sabio catedrático”. Que era lo mismo que llamarlo tonto de capirote, para una mentalidad educada en la bandería y en el lance diario de la calle y de la discusión banal.

Atrevimiento grande fue el de Unamuno, después de sus fracasos anteriores —sólo una minoría había sido capaz de seguirlo en sus discursos y en sus lecciones—, al aceptar una invitación, tal vez más protocolaria que afectuosa, hecha por el Partido Radical. Figuraban Rafael Guerra del Río y José Franchy y Roca como oradores. Se trataba de denostar con furia el caciquismo, entonces imperante, de don Fernando León y Castillo. Unamuno, junto a la presidencia que ostentaba orgullosa su autoridad en el escenario del viejo *Circo Cuyás*, era un entrometido, un solemne entrometido.

Primero habló Guerra del Río. Iracundo, pasional, tremolante. Contra el caciquismo, contra el fanatismo; los cronistas locales lo llamaron “volteriano desdeñoso”. León y Castillo salió muy mal parado del tiroteo verbal con que le regaló el político radical. El público, enardecido, aplaudió al orador.

Después, sin que nadie lo llamase, Unamuno.

¿Por qué la enemiga al caciquismo?, preguntaba. El caciquismo es bueno, son malos los caciques. Lo bueno del siglo XIX fue obra de unos cuantos caciques excepcionales. No. El problema de España era de hombres, no de caciques. Hacían falta hombres. Enteros, totales, inteligentes. El cacique ni mejoraba, ni empeoraba a los hombres.

Lo que era necesario buscar —decía— era un liga de inteligentes, no de sabios. Y el cacicato no ayuda a formar la inteligencia de los hombres. Fuese este cacicato de Juan o de Pedro; llamárasele federalista, conservador o radical. Era igual. El fulanismo era mala enfermedad arropada con cualquier banderín. Y contra el fulanismo, contra el cacicato, contra los embaucadores de muchedumbres, no había sino un sólo camino: cultura. Mayor nivel social. Que se conseguía buscando un noble ideal, desterrando la torpe ciénaga de la envidia. Sí,

⁶ Referencias del Discurso de Unamuno, pronunciado el 7 de julio (1910), en “*Diario de Las Palmas*”, 8-jul-1910.

la envidia que era el único móvil de los partidos políticos: de aquellos *antizedistas* o *antiequisistas*, que él había caricaturizado en su discurso del Teatro Pérez Galdós.

Y aún otro mal. El eterno. El devorador; el Aislamiento. Aislamiento geográfico y espiritual. Aislamiento en el que los hombres estaban más solos, más faltos de solidaridad. Y ellos —decía Unamuno— los federales, los monárquicos, los republicanos, los conservadores o los liberales sólo estaban separados por la envidia y unidos por la soledad. Cuando supiesen que más allá del horizonte, había otros hombres, unísonos en latido con el suyo propio; unos hombres que no eran extrañas madrêporas atlánticas, entonces la generosidad habría ganado la batalla. Y la envidia —la destructora envidia se habrá hundido para siempre—.

Unamuno estaba dictando su última lección. Ante la frialdad y la sonrisa de su auditorio. Al que estaba incitando a la españolidad. Porque en vez de los cantonalismos o de los cabilismos mal entendidos, él propugnaba la unidad española, la entraña viva de la Patria.

Era la suya una Patria más africana que europea y no tenía vergüenza alguna por sentirse él mismo enriquecido de osamenta africana; la que, durante el destierro, fortalecería con soledad en Fuerteventura. Y repetía, y repetía aquello de que había que españolizar a Europa. Y había que españolizar a España.

Pero la Isla seguía en su dormidera. Enquistada en su geografía, ceñida por su mar, poblada de sirenas cautivadoras. Atados fuertemente a los mástiles de su egoísmo, los Ulises insulares desdeñaban toda tentación, eludían cualquier llamada. Preferían seguir navegando en los frágiles barquichuelos de su vanidad.

Razón tenía el auditorio. Después de la demagogia de Guerra del Río, las elucubraciones del catedrático. Que no ponía nada, que no atacaba nada, que no ofrecía nada. Por eso, el auditorio seguía prefiriendo a los otros oradores; por eso era más amante del fulanismo. Porque su aire resultaba más confortador.

Su labor oratoria había terminado en Las Palmas. Sólo unos pocos, entre los que hay que mencionar al inolvidable Macías Casanova, habían sido prendidos por el arrebatado de su fuego, por la vibración de su palabra.

V.—LA TERTULIA

Las Palmas tenía en 1910 un aire más que provinciano, pueblerino; sólo sentía el estremecimiento que le producía la noticia telegráfica relacionada con el debatido problema de la División Provincial. Por lo demás, la vida transcurría plácida, serena y beatífica; allá, hacia el Norte de la Isla, en el promontorio de la Isleta, el semáforo agitaba banderolas de todos los colores, y los navíos entraban y salían por el antiguo Puerto del Refugio, en aquellos años en pleno desenvolvimiento comercial: era ya el tiempo de sazón mercantil, cuando John Bull empezaba a prodigar libras a cambio de plátanos...

En un rincón de la ciudad antigua, en el barrio de Vegueta, una vieja casona daba albergue a la inquietud espiritual de unos pocos. El anfitrión, Dr. Luis Millares Cubas, presidía y estimulaba con sus desvelos aquellas reuniones donde la política, la religión, las Artes y las Ciencias se daban cita cada día. En el pequeño teatro de la casa —“el teatrillo”—, se pusieron en escena las obras más nuevas y revolucionarias en la historia del Teatro contemporáneo —Ibsen, Pirandello—, y también en su escenario se escucharon, interpretadas por aficionados y artistas, las partituras líricas que con suma rareza se podían escuchar en el marco del Teatro Pérez Galdós. El ámbito recogido y solemne del caserón, resplandecía de risas y poesía; cuando Tomás Morales, el polifónico, o “Alonso Quesada”, el melancólico, desgranaban sus versos; o cuando el verbo de García Sanchiz se adueñaba del auditorio; o cuando la magia verbal de Salvador Rueda se imponía a los tertulios.

Pero una tarde...

Una tarde llegó a la casa el perfil duro y severo, las manos ágiles y nerviosas, la barba negra y rabínica de Miguel de Unamuno. La rudeza vascongada injertada en Castilla sacudió a latigazos el sosiego y la mansedumbre insulares.

La tertulia se hizo diálogo, y en muchas ocasiones, monólogo. Monólogo vivo, pertinaz, agrio en ocasiones; pero siempre inquietante, siempre nuevo, siempre excitador. Mientras, las manos, locuaces también, iban desgranando pajaritas de papel. Pajaritas y monigotes puntiagudos y angulosos; como las palabras.

A las tres de la tarde, con una puntualidad británica, Una-

muno llegaba a la casa del Dr. Millares; cuando todavía era la hora de siesta y silencio. Se sentaba en el jardín, acompañado por la esposa de don Luís, y empezaba a hablar, a preguntar, a mover la conversación; en muchos momentos, a sacudir la cortedad de su anfitriona, poco acostumbrada a huéspedes tan singulares. Poco después de las cuatro, entraba don Luis Millares: cansado, sudoroso, ocultando sus preocupaciones profesionales detrás de la miopía de sus espejuelos. Y entonces, escuchaba y escuchaba... Hasta que comenzaban a llegar los restantes contertulios...

Don Miguel hablaba y hablaba: de las virtudes de Santo Domingo de Guzmán, o de los defectos de la orden dominica; de sus andanzas turístico-filológicas por las cumbres de Tejada, acompañado de su fiel Macías y en busca de una vendedora del Mercado a la que había oído hablar en un limpio castellano; o de su criterio sobre la Patria, sobre la Religión y sobre la Ciudad; o sobre Política, o sobre Literatura, o sobre Religión. Alguna vez dirigía la palabra concretamente a alguien; como le ocurrió a don Rafael Comenges, Gobernador Civil de la Provincia, por aquellos días presente en las fiestas primaverales de Las Palmas; su secretario se llamaba Federico García Sanchiz, auditor también del Maestro.

—“Señor Comenges —le dijo Unamuno—, entre usted y yo hay cuatro personas distintas: Unamuno de Unamuno (Unamuno tal y como el propio Unamuno se concebía); Comenges de Comenges (Comenges, según Comenges); Unamuno de Comenges (Unamuno, según Comenges), y Comenges de Unamuno (Comenges, según Unamuno)”.

—“¿Y cuál es la verdadera, don Miguel?”.

—“¡La cuarta, querido Gobernador, la cuarta!”.

Sobra añadir que los paréntesis quedaban encerrados en el pensamiento del maestro; entre los corchetes de su ironía.

Cierto militar, asistente asiduo a la tertulia, también sufrió la embestida de su sarcasmo. Con motivo de una nimia discusión acerca del patriotismo, de la Patria y de algunas analogías...

—“¡Patriota, patriota! ¿Acaso se ha comido V. a la Patria?”.

Mientras tanto, en el salón, en las galerías, los jóvenes chicleaban o se aburrían; o mataban las horas caniculares ha-

ciendo juegos de salón. Para librarse en algo del poder absorbente que ejercía Unamuno.

Porque en el diálogo unamuniano, ininterrumpido, alborotador, no cabía el bostezo o la pusilanimidad. Siempre al acecho, siempre inquisitivo, atrapaba al interlocutor, desnudaba sus argumentos, para, con desfachatez y con arrojo, sin pacatería, acabar con todas las réplicas. Por eso resultaba belicoso, por eso resultaba temible: porque no tenía tregua.

Unamuno recitaba, hablaba, denostaba. Incendiaba la curiosidad de la mayoría, escuchaba los versos de "Alonso Quesada", los silencios de Macías, las intemperancias de alguno. Como aquél, a quien don Miguel, después de haber comentado las diez horas de sueño que necesitaba, le replicó:

—"Pero yo estoy doblemente despierto que usted, amigo mio, cuando no duermo".

Tal vez fuese en una de esas tardes, cuando se decidió poner en escena, en el mismo *teatrillo*, *La Venda*, obra dramática escrita por Unamuno mucho antes de venir a Las Palmas, pero que, tal vez por su atrevido contenido, no figuró en el repertorio de la Cobeña, cuando representó *La Esfinge*, en 1909.

La Venda parece haber figurado en el repertorio de Guerrero Mendoza en 1909, pero no confirma su estreno su editor, el prof. García Blanco. Estrenada o no con anterioridad, el 10 de febrero de 1911, casi un año después de la estancia de Unamuno, se pone en el escenario de "el teatrillo" la referida pieza teatral.

Intervinieron en la representación los siguientes artistas, todos ellos vinculados a la tertulia de Unamuno. He aquí el reparto:

<i>Maria</i>	Sra. Millares de la Torre.
<i>Marta</i>	Sra. Millares de Franchy.
<i>La Sra. Eugenia</i>	Sra. Gómez de Mesa.
<i>El padre</i>	Francisco García Caballero.
<i>José</i>	Juan Mesa y López.
<i>Don Pedro</i>	Federico de la Torre.
<i>Don Juan</i>	Rafael Romero.

Entre los actores figura el poeta "Alonso Quesada", Rafael Romero; también, dos hermanas de don Luis Millares, espo-

sas respectivamente del tenor Néstor de la Torre y del escritor y político don José Franchy y Roca; y la hija del propio doctor Millares, en el papel de "Eugenia". Y es significativo el hecho de que las dos más antiguas obras dramáticas de Unamuno, —*La Esfinge*, terminada hacia 1898, y *La Venda*, poco antes de 1909— fuesen estrenadas en Las Palmas.

En aquel clima, más dado a intermedios musicales o a recitales vespertinos, la prosa recia, los símbolos desnudos, la honda poesía que encierra la obra, sonarían a contratiempo entre los contertulios, en cuyos oídos, mientras disfrutaban de la representación, parecía martillear el eco de las paradojas, de los monólogos y de las luchas íntimas del propio don Miguel, cuando, un año atrás, a la vista de todos, iba desgranando sus confesiones y purificando su conciencia, como el "Pedro" que estaban escuchando:

¡Qué hermosa muerte! ¡morir de haber visto la verdad!

Sí, aquel drama lleno de interrogantes, aquellos intérpretes embargados de ansiedad y zozobra, aquel clima de tragedia íntima y profunda no podía haber nacido sino de un espíritu igualmente hondo e igualmente trágico, como el de Unamuno.

Entre todos los espectadores, tal vez fuese Rafael Romero el que más hondamente calara en el trasfondo de la obra. Como lo hubiese podido hacer el propio Unamuno, o aquel silencioso Macías, muerto trágicamente en el mes de setiembre de 1910.

VI.—"AQUELLA ESTANCIA EN GRAN CANARIA"

"No olvidaré tan aína mi viaje a las Islas Afortunadas", escribía Unamuno en el prólogo a *El Lino de los Sueños*, de "Alonso Quesada". Y no eran vanas sus palabras, pues en cuantas ocasiones pudo patentizó que conoció muy bien a los "espíritus que allí, en aquel a-ísla-miento alientan y ansían". Sobre todo conoció a dos de ellos, estrechamente vinculados a la obra y a la trasvida de Miguel de Unamuno. Se llamaron Rafael Romero y Manuel Macías Casanova.

1.—“CANTAR ENJAULADO”

“Alonso Quesada” supo aunar la ironía con la amargura; encerrado en “la dorada jaula” a que aludía Unamuno en una carta, supo romper los barrotes y volar: quizá más hacia dentro que hacia afuera. Vivificó la insulsez insular gracias a su sonrisa. A su sonrisa y a sus versos: en donde, cual bodegón, aparecen enmarcados los ingleses coloniales, las inglesas displicentes, los insulares vanidosos, la mediocridad retratada con difuminación esperpéntica.

Sabía desgranar los números de su vida y sentarlos en el libro de sus sueños. Sí, en un libro en el que la sátira casi era elegía; en que el humor desprendía malicia y candor; en que la intimidad y el infantilismo sabían ocupar su puesto adecuado. Alonso, injertado en el “A-isla-miento” de la isla, fecundaba dulzura a fuerza de acritud, adormecía la languidez con el brío y la aridez de sus versos; de aquellos desnudos versos prologados por Unamuno:

“Después de leer... un collar de poesías unidas por el hilo de un sentimiento íntimo, da ganas de dejarse brezar por el eco del ritmo, y fantasear, fantasear, fantasear; poblar el cielo del alma de nubes vagorosas y huideras...”.

Sin duda alguna, “aquellas nubes” habían colaborado mucho en las poesías de Alonso, y en la prosa de González Díaz, y en la reciedumbre silenciosa de Macías. “Todo se lo sugiere el aislamiento”, le había dicho en la carta ya comentada; y no se equivocaba. Se lo repetiría, otra vez, en el prólogo:

“Estos cantos te vienen, lector, de un mar interior, de un mar de corazón que se ha dormido hace cien años, mucho antes de que el poeta naciese, que lo recibió ya dormido...”.

“Mar de corazón”: eso era la poesía de Quesada. Cada verso, una ola; cada estrofa, una estremecedora marejada. Que rompía en la indiferencia de la isla, que sacudía un torbellino de pasiones, que ansiaba romper la cadena rigurosa de la infinitud marina: la encadenadora de su voluntad.

“No puedo perdonarte esta condena
de isla y de mar, Señor!”.

Miguel de Unamuno, feliz prologuista, había sabido descu-

brir en pocas páginas los secretos más ocultos del poeta: su “poesía seca y ardiente”, su “frescura de brisa doméstica”, su “cierta infantilidad”, su “ironía y malicia”, su dorada esperanza. Los *cantos* de Alonso tenían para Unamuno el eco de los caracoles sanjuaneros que una noche, en las cumbres de Teror, escuchó en compañía del inseparable Macías Casanova.

Alonso, en la isla, “enjaulado”; quejoso de su prisión; encadenado; cautivo de su propia soledad. Y Unamuno, a lo lejos, fortaleciendo su cautiverio, incitándolo a dejarse brizar por el arrullo marino: para en él, con taumaturgia poética, poder percibir el marullo de las almas.

No en vano, según rezaban los primeros versos de *El Lino de los Sueños*, Alonso había buscado en Unamuno consejo y aliento:

 Mi dulce silencioso pensamiento
 va hacia tí, don Miguel, maestro y amigo,

2.—“SABOR INTERIOR”

Manuel Macías Casanova era natural de la isla de la Gomera, aunque por ejercer la profesión su padre en Las Palmas, residía en esta ciudad. Era contemporáneo de “Alonso Quezada”, de Tomás Morales, de Domingo Doreste; ejercía el periodismo y defendía su silencio y su soledad con verdadero ahinco.

Lector de Schopenhauer y de Nietzsche, arreciaba contra el oropel y contra la vacua retórica. Adoctrinado en las páginas más sustanciosas de Ganivet y Unamuno, fue Macías un noventaiochista fervoroso. Sin duda la figura más significativa del noventaiochismo insular.

En la prensa insular —*España, La Mañana, La Ciudad*—, escribió sobre filosofía, sobre Literatura; dejó en forma de folletón, algún cuento. Pero, en especial, pensaba en alta voz. En monólogo perpetuo.

Al llegar Unamuno a Las Palmas, y aún antes, rompió su silencio: dictó conferencias para explicar y releer públicamente las páginas más adoctrinadoras del maestro; escribió artículos; reseñó el estreno de *La Esfinge*. Fue, sin duda, el unamunista más fiel que encontró y que dejó Unamuno en la isla.

Autor de un libro —parcialmente publicado en la prensa

insular—, *Diálogos con el Maestro*, fue alentado por Unamuno para editarlo. Pensaba Macías marchar a Salamanca, trabajar en algún periódico salmantino y cursar Filosofía y Letras en la Universidad. La muerte dejó inconcluso este proyecto.

Crítico severo, lector infatigable, nada escapó a su juicio; ni el libro del amigo, ni la doctrina del maestro. A cada uno supo darle un calificativo preciso.

Al publicar Tomás Morales los *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*, Macías descubrió en sus versos ese algo indefinible de su poesía que la hace partícipe en ocasiones de la ideología noventaiochista:

“Fijáos en el marcado sabor “interior” que tienen sus estrofas, y observad luego... cómo el mismo sabor persiste, esencia de su lenguaje que es la expresión de un sentir íntimo... (*La Ciudad*, 17, julio, 1908).

“En el tranquilo hogar de mi mundo interior” —diría líneas después—, Macías vio no la polifonía modernista, sino el arrullo interior e iluminador.

De Salvador Rueda, tan ligado a los escritores insulares de principios de siglo, habló no como el epígono de Rubén, sino como el incitador del ensimismamiento:

“Esa gloriosa y delicada percepción interior que hace que en nuestro espíritu se reflejen, como en un espejo, los tormentos y el vivir ajenos, y los lloremos y sintamos como nuestros... (*La Ciudad*, 27 noviembre 1908).

A Unamuno le dedicó un extenso artículo, a poco de publicarse *La Vida de Don Quijote y Sancho*. La lectura incrementa su unamunismo —“Siempre he creído en él como en un Mesías”—; y se mofaba con cierta acritud de quienes no eran capaces de comprender “las paradojas, la egolatría y la soberbia unamunianas”. “No saben —proseguía—, infelices, qué es llevar una honda y punzante inquietud espiritual en las entrañas”. Una inquietud que era hermana de la suya:

“Diríase que yo, sin saberlo, o un sabio y sutil espíritu muy hermano al mío... púsole dentro de mi ser esos admirables comentarios” (*La Ciudad*, 6 agosto 1910).

Como Nietzsche —con quien lo comparaba—, Miguel de Unamuno era uno de los “escultores de pueblos”. Aunque se

burlasen de las “paradojas”, “que hacen cosquillas en el alma”; y aunque no comprendiesen el ritmo interior de “la prosa viva de sus versos”. Como Unamuno, “caballero de los soberbios desplantes”; como él, “creía en sí mismo”, “despreciaba a los haraganes del espíritu” y sabía triunfar sobre “su necesidad”. Macías, como Unamuno, fabricando paradojas, ansioso de llevar —cual nuevo Don Quijote— “encendida la luz del seso”; diciendo su palabra, prosiguiendo su camino y dejando sin saciar la insatisfecha gula de los devoradores de necesidades.

Macías, como Unamuno, preocupado por lo social. Denostando el sectarismo —“partidarios de opuestos ideales de secano”—; arremetiendo contra los falsos profetas “los que predicán a medias una verdad”; descubriendo el espíritu sainetero del *Motín*, “banderín de nepotistas”; caricaturizando la vida provinciana, sostenida por el materialismo y el radicalismo; defendiendo el “misticismo en política”; santificando la “rebeldía”; maldiciendo la indiferencia; repudiando el ateísmo; confesando “sus vacilaciones, sus dudas, sus incertidumbres”; apoyando a “los pueblos que luchan con fe”, porque “tienen derecho a la libertad”; arremetiendo contra el caciquismo. Así era Macías, y no es difícil encontrar en el léxico y en el contenido mucho de lo que había aprendido en Unamuno, al que,

“amándolo, rendiríamos culto en su persona al porvenir, y a la Naturaleza, a lo que de más bello y más grande existe en el alma humana” (*La Ciudad*, 7 octubre 1908).

Unamuno, colocado por su ferviente discípulo junto a Carlyle, Renán, Zola y Nietzsche, ídolos comunes de Macías y Unamuno.

Macías, pues, unamunizado y unamunizando. Venciendo la mojigatería y el aldeanismo de sus paisanos; amante de la soledad y del optimismo. Y también, como Alonso, “a-islado”, encadenado en la isla; buscando fuera de ella lo que no podía encontrar en la enjutez de su roquedal.

3.—“EL SUEÑO DE LAS DISUeltas COSAS VACÍAS”

“Entonces surgió el drama de las cosas que me contara un muchacho canario, muy inteligente, quien por cierto murió electrocutado”. Así refiere Unamuno el nacimiento de *Sombras de Sueño*, obra teatral escrita tal vez en 1926, como apunta el

profesor García Blanco, aunque inspirada en un cuento que surgió de su pluma como fruto de sus diálogos con Macías. Drama con “ambiente de isla, de esas islas que yo he recorrido luego palmo a palmo, y dentro de cuyos caserones he comprendido por primera vez en mi vida la verdadera amplitud de la palabra *aislamiento*”.

Los personajes flotando en medio de un mar de sueño que los hace más desvanecidos e irreales; dotados más de gesto que de palabra; dueños de luchas soterradas y de caracteres vigorosos. Todos hablando al dictado del autor, cuya voz parece escucharse en cada parlamento; como si fuese eco de la de Macías, confesor de ensueños, de angustias, de interrogaciones.

El Mar y la Isla frente a frente; y en medio, el torbellino inaudible del aislamiento. En donde Elvira ahogaba su solitaria, mientras escuchaba,

“a la mar, que arrulla el sueño de las disueltas cosas vacías...”.

O en donde, fundiéndose con “la mar”, rompía las invisibles cadenas:

“¡Mientras haya mar no habrá aislamiento!”.

O encontrando en esa misma mar compañía y seguridad para su corazón atormentado:

“¡Decir que vivo aislada cuando tengo por compañera la mar...!”.

Manuel Macías Casanova, luchador con su propia conciencia; como Solórzano, como Unamuno.

Macías Casanova, creador de fantasías, entretejidas luego en la urdimbre dramática unamuniana.

Macías Casanova, buceador de la intimidad, moldeador de conciencias, fantasma de sus propios sueños.

Como Solórzano, como Elvira, como Montalbán —muñecos trágicos en manos de Unamuno—, Macías platonizando con la realidad de las cosas; ansioso de moldear sus ideas. Llenando de veracidad las sombras de sus propios sueños.

VII.—EL DESTERRADO CAMINA SOLO

Han pasado los años: Unamuno, gesticulando en el amplio ruedo ibérico y las islas, encadenadas a su geografía. Un día, fruto de sus gesticulaciones, el General Primo de Rivera ordena el destierro de don Miguel a la isla de Fuerteventura.

Un 10 de marzo de 1924, en Puerto de Cabras, capital de la isla de Fuerteventura, desembarca el desterrado. El vapor correo ha quedado fondeado, y por la escala va bajando, escoltado por un policía, don Miguel de Unamuno. Le acompaña Rodrigo Soriano, republicano también castigado por el gobierno del General Primo de Rivera. Frente a ellos, mientras a golpe de remo se van acercando al desembarcadero, sólo hay rojo y blanco; casucas asustadas como palomas en medio de una tierra rojiza.

En el "Hotel Fuerteventura", única pensión del pueblo, Miguel de Unamuno compartirá con Soriano la soledad durante más de tres meses. Allí, en aquella pensión, la palabra del maestro se convirtió en llama viva: una llama que, cada día, se plasmaba en letra escrita. Perfilada a fuerza de pasión y de soledad.

Desde las 6 de la mañana, casi desnudo, en la azotea; a tostarse de sol, a pesar de las pudibundeces insulares. Después, casi toda la mañana, en la compañía del libro: tendido en la playa, cara al cielo. O bogando en compañía de algún mozuelo, recitando para el mar y para el cielo. Por la tarde, encerrado en su habitación, haciendo versos, retocando algún artículo en espera del correo. En las últimas horas vespertinas, la tertulia —"aquella tertulia frente al mar"—; Unamuno, casi en monólogo, hiriente, punzante. Por la noche, rara vez salía de la habitación, después de haber comido en la misma mesa de Soriano; y después de haber enriquecido el anecdotario con algún nuevo desplante. Diríase que la isla proporcionó a Unamuno no sólo sustancia, sino cualidad; porque los adjetivos, los atronadores adjetivos de su poesía y de su prosa parecen haber nacido en el sosiego de Fuerteventura.

Andarán consumado, supo de los caminos insulares, unas veces a pie y otras a lomo del camello, cuya enigmática testuz quedó encerrada en más de uno de sus dibujos. En los dibujos y en los endecasílabos. El camello —estirado, solemne, mayes-

tático—, ofreció el enigma de su arrogancia a la avidez curiosa del viajero: del obligado viajero.

Toda la isla ofreció novedades para su curiosidad. Betancuria, encerrada en un hermoso soneto; sin frailes milagrosos, sin bretones fanfarrones, sin blasones cuartelados, empapada de descarnada humanidad. El paisaje betancuriano entrevisto por la agudeza del poeta: un paisaje de fúnebre blancura, como de “enjalbegada tumba”.

Don Miguel luchando con el tiempo, llenándolo de palabras, y hasta de improprios. Como cuando, para romper la monotonía, bogaba hasta el vapor-correo —que llegaba bisemanalmente—, bien para recoger algún paquete enviado por sus amigos de Las Palmas, bien para llenar la toldilla del barco con sus ingeniosidades y con sus desplantes.

Encerrado en la largura fuerteventureña, sólo podía encontrar espacio hacia adentro; buscando más que la afanosa agua —tan ansiada por los insulares—, el tesoro inencontrable de la nobleza —“la nobleza majorera”—, enraizada en la enjutez de su suelo, escondida tras la joroba de sus montañetas, florecida tal vez en la rareza de la tabaiba, una planta símbolo para el poeta.

“Esa bendita isla rocosa de Fuerteventura” le había enseñado a endurecer el ánimo y a ahondar más en los abismos de la eternidad. “Las raíces de roca” que en ella había dejado —según diría en el prólogo de *De Fuerteventura a París*— no eran fáciles de romper con el tiempo.

Y además de la Isla, el Mar, “la Mar” del poeta. Abrazando, ciñendo, dominando a la Isla. Miguel de Unamuno, con infantiles ecos cantábricos, vuelve a revivir, tocado por el divino hálito de la poesía, el mar de su infancia. Aquel mar “que ha dado nuevas raíces a mi cristiandad y a mi espiritualidad”; y que, además, en la lengua de sus olas, traía, ilusorio bajel, las rumorosas palabras de otras playas.

“El contorno esquinado” del camello, rumiando su soledad, paseando erguido en medio de tarajales y cardones, ofreciendo la reciedumbre de su osamenta, sosteniendo verticalmente a una isla que era casi una línea. Y el poeta contemplando en el azul del cielo “la vaporosa gaza” de avariciosas nubes que apenas si acariciaban de humedad, “con cálido resuello”, la rojiza joroba de la isla.

“La isla acamellada” —como la calificaría en uno de sus artículos— entró muy adentro, echó fuertes raíces en el cora-

zón del poeta desterrado. Sí, del poeta. Pues en ella, en la desnudez ósea de su paramera, encontró Unamuno la inspiración para ejercitar, como no lo había hecho hasta entonces —en tal cantidad—, la suerte del soneto. Como si el “cilicio” de la auga hubiese dado forma a la rigidez del endecasílabo.

Cuando el 21 de julio de 1924 embocaba hacia el Norte, desde el Puerto de la Luz, el *Zeelandia*, en el que había embarcado Unamuno —después de haber sido amnistiado—, presentía en el horizonte, desdibujada por la bruma, aquella silueta familiar de la isla que, como rezaba el verso no era sino,

“Raya celeste de la mar serena”⁷.

ALFONSO ARMAS AYALA

Sagasta, 54
Las Palmas
(Gran Canaria)

⁷ *L'Aiglon*, goleta francesa contratada por el director de *Le Quotidien*, Mr. Dumay, estuvo anclada en una playa próxima a Puerto de Cabras para rescatar a Unamuno; el levantamiento del destierro coincidió con este intento.